

EL LETARGO DE ABUDIA

Álvaro Vega

rd editores
NARRATIVA

CAPÍTULO 15

«No tienes la semilla. No tienes la simiente. Lo que tienes ahí es la planta misma de la corrupción, al más puro estilo fascista. Es la corrupción de la política, además de la que haya de los dineros, pero lo sustancial es que está corrompido el ser mismo de la cosa pública, al entenderse como una cosa propia, no en beneficio de la comunidad. Y no hablo con las grandes palabras ni los grandes pronunciamientos, sino que se está produciendo bajo vuestro amparo un secuestro de la voluntad política en base a no sabemos qué criterios. Vosotros lo estáis permitiendo, le estáis dando amparo y sois tan culpables como quien lo ejecuta».

Pinto Vargas Cruz elevó el volumen de su voz, y puso un tono agudo para hacer énfasis en las palabras que había pronunciado y con las que quería transmitir la situación de gravedad que él percibía.

Sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta una cajetilla, que reposaba en el respaldar del sillón que ocupaba y retiró la envoltura de celofán de los cigarrillos La Gloria Cubana Mini, veinte por cada caja cuadrada dura, finos, con estilo, producido con el tabaco de Pinar del Río y traídos desde La Habana por un amigo suyo que viaja unas dos veces al año a Cuba en misiones de cooperación internacional al desarrollo.

Le ofreció a su compañera de mesa, que rechazó con un gesto amable y delicado el tabaco. «¿Te importa?», le preguntó en una interrogación en la que pedía permiso para fumar, haciendo un gesto con la caja de cigarrillos que mantenía en la mano derecha después de haberle convidado a compartir su contenido.

Hizo como un rito a la hora de encender el cigarrillo, que presentaba un hermoso color marrón, como de hoja de puro. Lo olió, delicioso, y le prendió fuego tras recibir un asentimiento con la cabeza por parte de su contertulia.

Le gustaba esa marca, de la que estaba abastecido a través de los desplazamientos de su amigo, porque no se fiaba de las compras por Internet, dada la posibilidad de que le vendiesen una falsificación, cosa que podría también suceder en Cuba si no fuera porque su correo adquiría los cigarrillos por cartones en una tienda de prestigio de La Habana.

Pegó una calada, sin tragar el humo, que dejó deambular por su boca unos segundos, en un intento de percibir en las papilas gustativas el aroma, fortaleza y sabor que la publicidad de la marca distinguía como características principales de este tabaco.

Echó el humo por la boca y vio como su acompañante sacaba del bolso un paquete de Vegas Robaina, un tabaco negro y fortísimo que también llegaba desde el Caribe, aunque en este caso no se podía comprar en la Red, porque sólo se expedían cigarros puros y no cigarrillos de esta marca.

—Ya veo que aún te quedan. Prieto, mi amigo, el que va unas dos veces a Cuba cada año, se desplaza en un mes y volverá cargado de provisiones.

—Sí, aún me quedan, pero, si quieres que coja los que traiga el rojeras ése la próxima vez, me los tienes que cobrar.

Maleza Mercado Díaz de la Estrada había utilizado una expresión fuera de su medido vocabulario habitual para referirse a José Prieto, el responsable de una ONG de ayuda a los países en desarrollo y que mantenía especiales vinculaciones con Cuba, que el partido conservador no veía con buenos ojos. Por eso se extrañaban en la organización que Maleza no apostase por una marca nacional cuando fumaba.

Se notaba que ya habían superado los postres, que el almuerzo había sido distendido hasta la arremetida del periodista sobre la corrupción política en una institución gobernada por los conservadores y que esperaban la copa por la relajación con la que Maleza se mostraba, absolutamente atípica en su comportamiento, y de la que Pinto Vargas sólo podía disfrutar en algunos momentos de aquellos almuerzos o cenas que compartían en el reservado del restaurante de unos grandes almacenes, en una torre que daba una exclusiva vista de Abudía desde la décima planta del edificio, una construcción que se había convertido en una de las polémicas más intensas de la ciudad por los distintos criterios a la hora de compartir o no el proyecto.

Desde poco después de que Maleza Marcado se hubiese incorporado a la vida política, hacía unos tres años, y lograrse su escaño de diputada, compartía con Pinto momentos distendidos de discusión en ese reservado, debate que a veces subían de tono, pero que en ningún caso enturbiaba la paz de la relación, ya que los dos tenían muy claro que los contactos eran más en la línea de la amistad que en el ámbito de la relación entre un cargo público de importancia y el director de un periódico.

—La corrupción, que la tenéis a flor de piel, Maleza.

—Conoces ya mi opinión. El problema en esto de la política no es que huela mal, sino que te guste el olor. A mi no me gusta, no entro en esos juegos y hago lo posible para que se corrijan, pero no soy la guerrera del antifaz.

Maleza aprovechó que la camarera había entrado en la sala para servir las copas y preguntar por el café para encender uno de los dos o tres superfinos negros que le quedaban en el paquete de Vegas Robaina. Eran cigarrillos en estado puro, cuyo tabaco se envuelve en papel de fumar y no en hoja de la planta. No le dio opción ni a Pinto ni a la camarera para que se lo encendiesen. Lo hizo ella misma con un mechero de platino que sacó también del bolso.

A ella le pusieron un licor sin alcohol, una experimentación realizada con bellota extremeña que le gustaba. A él una copa de Viejo Cardenal, de las Bodegas Luis Fernández, que tenía las viñas en el Pago del Caracol, en Moriles Altos.

Sabía que no entraba en la ortodoxia gastronómica tomarse un fino a los postres, pero era un excelente bajativo y no le dejaba esa sensación dulzona que le invitaba a la holgazanería tras el almuerzo, como era el caso de los Pedro Ximénez dulces, que se habían puesto de moda y que ambos rechazaron cuando la camarera se lo ofreció como copa de la casa.

Maleza fumaba poco pero intenso. Por eso se había aficionado al tabaco duro de Cuba, que el propio Pinto le había descubierto con un cartón que le regaló y que le había llegado al director de Ahora en uno de los aprovisionamientos que Prieto le hacía bianualmente.

Vegas Robaina era una de las marcas de bajo precio en Cuba, que había salido al mercado apenas unos años antes, que carecía de la tradición de otras etiquetas y que sólo garantizaba un 30 por ciento en su contenido de las plantaciones de Pinar del Río. Pinto era más delicado en el fumar y sólo consumía La Gloria Cubana, que además no traía en la cajetilla las severas advertencias sobre los perjuicios a la salud que los cubanos sí habían incorporado a los cigarrillos que fumaba la condesa de los Llanos de Abudia. Sería porque el humo de los puros no debe tragarse y el de los cigarrillos sí.

Ninguno de sus compañeros del partido conservador sabía que ese tabaco llevaba el apellido Robaina en la marca por Alejandro Robaina Pereda, un colaborador de la Revolución cubana y cultivador de tabaco. Los Vegas Robaina se habían hecho muy populares entre la población cubana por su bajo costo, dada las dificultades económicas en las que permanentemente se había instalado en país caribeño. Bastante ironía tenía que soportar la diputada sobre el origen no democrático de lo que consumía para que además se enterasen de que el apellido de la marca era por un procastrista.

—Dirás lo que quieras, pero el corrupto ese terminará por haceros daño, va sólo a lo suyo y alguien levantará una liebre y verás cómo van muchas detrás.

—Que no es cosa mía, Pinto.

—No lo será, pero el mozo ese os va a llevar a un mal sitio, si no es que ya estáis en él. ¿A quién se le ocurre meter a un

inútil que sufre una incapacidad mental para resolver cualquier cosa como responsable del gabinete del representante del Gobierno en la provincia? A los conservadores, a quién si no.

Maleza y Pinto mantenían conversaciones duras en aquellos almuerzos o cenas, según encajase en la agenda de los dos, pero también trataban cuestiones personales, como el modo en la que la diputada conciliaba su actividad pública con los tres hijos, su marido y la asfixiante familia de la que formaba parte, tanto por sus ancestros como por los de su esposo.

El periodista intentaba eludir esta parte de la charla y se convertía para ello en una máquina de hacer preguntas en tono más o menos meloso para mantener centrada a su compañera de mesa en cuestiones que la evadían de su cotidianidad política, lo que le veía ni al pelo a la diputada.

Pinto pidió el habitual té, que le servían a la perfección en ese restaurante, con mucho limón, parte de él exprimido, sin azúcar ni sacarina y en taza pequeña. Allí no había que especificar.

Reclamó la cuenta a la camarera después de que Maleza quisiese acabar el almuerzo con un café cortado, con azúcar y muy caliente. Comenzó entonces el ritual para determinar quién se hacía cargo de la minuta. Como siempre que quedaban para compartir mesa, no se acordaban cuál de los dos había pagado la última vez, porque habían acordado alternarse en la invitación, para que siempre hubiera una pendiente por parte de uno de ellos.

Le tocaba a Pinto. Lo tenía anotado en la agenda electrónica de su teléfono móvil. En vez de poner alguna anotación referida a un almuerzo o a una cena, escribía en el campo correspondiente al motivo de la cita, junto a la hora que habían quedado, pago yo o paga ella. Con sólo eso, ya sabía que tocaba pasar un rato agradable con Maleza Mercado Díaz de la Estrada.

Firmó la minuta para que se la pasasen al departamento de administración del periódico, a su cuenta de gastos. Se puso la chaqueta, se ajustó el nudo de la corbata, comprobó que tenía ajustados y abrochados los puños de las mangas de la camisa y ayudó a Maleza a ponerse un chal negro con el que cubría sus hombros, ya protegidos por un vestido de manga corta azul noche, dos de los colores habituales de la diputada conservadora.

Cogieron el ascensor que les llevaba hasta una de las plantas de aparcamiento en la torre de los almacenes comerciales y en que ambos habían coincidido en dejar sus vehículos ese día. En la entrada a éste, Maleza le tendió la mano para despedirse. Pinto no pudo evitar no ser tan solemne como ella y, aunque no se atrevió a intentar darle un beso, sí que frotó la mano lo más delicadamente que fue capaz para no provocar un rechazo en la mujer. Ella, excepcionalmente, le respondió al gesto con otra leve y casi imperceptible caricia.

Fue la única ligereza que se permitieron en aquella cita. Maleza le dedicó una última sonrisa antes de dirigirse al deportivo de alta gama que tenía aparcado en las inmediaciones. «Hasta la próxima», le dijo ella. «Hasta la próxima, Maleza», le contestó él.

Pinto esperó a que se alejase para ir a buscar su coche. Acabó embelesado con la cita. Se dirigía con parsimonia hacia el vehículo cuando un recuerdo a su amigo Arturo Fortuna le inundó el pensamiento. «¡Cuán orgulloso estaría de mí!, caviló. Tres horas con Maleza sin una connotación profesional ni sexual, sin obtener una noticia ni nada para publicar y volviendo cada uno por separado a su sitio», concluyó.